

ALMACÉN
DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

JUEVES 21 DE NOVIEMBRE DE 1844.

ROSA.

La calle de *Lavandieres* es la mas triste de todas las que vienen á terminar en la plaza Maubert. Suele pasar algunas veces por ella confundido con la horrible poblacion de aquel barrio, algun ser que pertenece á la especie humana, tal como un estudiante que va al jardin botánico, un recién llegado de provincia que busca su familia en Paris, una linda menestrala que pasa de puntillas y ligera como una sombra desde la tienda de comestibles al puesto de la frutera de las Cuatro Estaciones. Los demas que pasan, ya se sabe qué son; un ratero ocioso, un muchacho que juega, una muger que ha envejecido ántes de tiempo y va á pedir limosna, un traperero borracho que busca una taberna, una criada vieja que os barre los pies al pasar; y en fin, toda la fealdad y toda la miseria humana, si á pesar de todo esto reside allí la humanidad.

En 1838 en una antigua y sucia casa de esta calle sin sol y sin aire, vivia una pobre familia de artesanos, naturales de Lorena, y digna por todos títulos de habitar mejor pais. El padre era picapedrero, habia abandonado imprudentemente su ciudad natal en compañía de su muger y de seis hijos, viniendo á buscar fortuna á Paris. Una vez lanzado en este mar proceloso, hizo los mayores esfuerzos para llegar á tierra firme; y combatido siempre por los vientos contrarios, tuvo que sufrir todos los reveses de la fortuna, sin mas tabla de salvacion que sus brazos. La miseria en Paris es mil veces mas triste y mas sombría que en la provincia mas pobre: mientras se encuentra un ra-

yo de sol que alegre el campo, y una fuente que ofrezca sus aguas al pasajero, se arrastra la miseria con una fuerza casi juvenil: una sonrisa del cielo y de la naturaleza penetra hasta el corazón del que trabaja, y ve cada momento á Dios; á Dios que le manda tener esperanza! Pero en Paris, en estas casas que parecen edificadas para la prision de los criminales, donde el sol nunca penetra, donde el aire no siembra en el tejado la yerba mas insignificante, donde al abrir las ventanuas no se ve el cielo, y donde nunca viene á anidarse la golondrina, la miseria es una imágen de la muerte que toma puesto en el hogar, se sienta á la cabecera de la cama y preside al bauquete de Lázaro. Es la miseria de Satanás, la miseria de las tinieblas que inspira el mal, ó por mejor decir, la miseria que conviene á este mundo de malos ricos y de malas pasiones.

Andres Dumont, así se llamaba el picapedrero, no ganaba mas que un escudo cada dia, del cual consumia en su persona veinte sueldos á lo ménos, y de consiguiente solo traia á su casa por las noches los cuarenta sueldos restantes. Con esta corta cantidad tenia su muger que alimentar y educar sus hijos sin olvidar el alquiler del cuarto que habitaban. Mientras no faltó leche de sus fecundos pechos, cumplió heroicamente con sus deberes de madre, semejante al pelicano solitario que en los dias en que no puede buscar el sustento para sus hijos se abre el pecho con su pico para alimentarlos. Mas al fin llegó el caso en que la leche se secara. Esta familia habia vivido con mil privaciones, sin quejarse, ni aun al cielo: pero entóntes tuvo que resignarse á vivir con ménos. El pobre picapedrero no tardó en ver que la miseria entraba en su casa: hasta aquella época la alegre y ruidosa turba de sus hijos venia siempre á esperarlo al principio de la escalera, allí saltaban á sus brazos, se colgaban de su cuello, le cogian la mano, y el buen Dumont entraba en su casa con esta tierna comitiva olvidando las fatigas del trabajo y abrazando á su esposa con el corazón lleno de alegría. Sentábanse á la mesa quedando los niños en pie para ocupar ménos sitio; comian un pan bendecido por el cielo, con un plato de lentejas, ó un pedazo de vaca y bebian cidra en un jarro que pasaba de mano en mano. Concluida la cena, quemaban los dias de frio un hacecito de ramas, verdadero fuego de alegría, que duraba media hora, despues de lo cual se dormian contentos y sin fatiga. Los dias que hacian buenos toda la familia, escepto el niño que estaba en la cuna, bajaban al muelle de la Tournelle, para respirar el aire libre y ver el cielo. Todo el mundo admiraba al pasar aquella caravana alegre y risueña que con tanta alegría soportaba la miseria. Los hijos estaban vestidos con casi nada; pero por las manos de una verdadera madre. Cuando ya estaban en el paseo, respiraban todos cierto aire de alegría y de fiesta, que los hacia amables á cuantos se detenian á mirarlos.

Pero vino un tiempo en que la pobre madre perdió sus fuerzas y dejó de tener leche. Hasta entóntes ella sola era la que habia sufrido consolándose con la sonrisa de sus hijos; y aquella robusta naturaleza desarrollada en el valle de la Meurthe, no pudiendo resistir á tantos sacrificios sufridos en silencio, se agostó y se marchitó. En vano intentó resistir por mas tiempo; el mal estaba hecho, su salud destruida y ya no le quedaba mas que buena voluntad, pues conoció que estaba en cinta por la octava vez. A nadie se quejó y solo el picapedrero conoció que estaba próxima á sucumbir al dolor. Lo que principalmente le dió á conocer su próxima miseria fué ver que sus hijos no salian ya á la escalera cuando volvía de su trabajo; y esta ausencia no le afligió mu-

cho la vez primera, pero á la segunda sintió un movimiento de tristeza. Abrió la puerta y entró sin decir palabra: sus hijos se acercaron á él, pero en silencio, como si nada bueno tuvieran que decirle, y su madre al verlos se volvió para ocultar sus lágrimas.

— ¿Qué sucede? preguntó Andrés Dumont.

— Nada, respondió su muger esforzándose para manifestar una sonrisa, nada mas sino que te se ha olvidado abrazarme.

El picapedrero se levantó y abrazó á su muger, pero ella no pudo contener sus lágrimas.

La cena fué triste y silenciosa, los niños fueron los únicos que comieron, y despues nadie quiso ir á pasear al muelle de la Tournele. Al dia siguiente pidió Andrés Dumont un aumento de sueldo al que lo ocupaba, y como no habia cenado la vispera habló con amargura. Su principal, que acababa de sufrir una pérdida respondió con durezza, y el picapedrero tomando sus herramientas fué á buscar otra colocacion.

Cuando la desgracia persigue á una familia no se cansa tan fácilmente. Andrés Dumont estuvo tres semanas sin trabajo, y tuvo que recurrir al monte de piedad. Cada dia de estas tres fatales semanas cuando entraba en su triste morada, todas aquellas bocas tan lindas y tan rosadas que en otro tiempo se abrian para decirle palabras tan dulces, al abrazarlo, ya no articulaban mas que esta palabra terrible digna del infierno, — «tengo hambre.»

Volvió á encontrar trabajo; pero despues de haber ganado tres pesetas, ya no ganaba mas que nueve reales. Su pobre esposa á pesar de todos sus desvelos no pudo desempeñar su ropa del monte de piedad. La madre de los dolores parió en un establo que estaba abrigado; pero la muger del picapedrero parió al mismo tiempo en un desvan sin lumbre y sin ropa.

A pesar de tantos sufrimientos encontró en sus pechos una gota de leche con que alimentar al recién nacido.

Algunos años se pasaron todavía en este triste y doloroso estado. Su hija mayor tenia quince años, y era linda á pesar de su palidez y de su espresion de tristeza. La pobre Rosa, como todas las de su edad, hubiera deseado estar alegre y sonrosada; pero cómo habia de estar alegre su corazon teniendo sin cesar á la vista el espectáculo de una madre que sufre y trabaja, de un padre agobiado bajo el peso del trabajo, y de siete niños que juegan en un desvan sin olvidar que tienen hambre? Rosa, además, no tenia tiempo para reir, ocupada de la noche á la mañana en cuidar de sus tres hermanas y sus cuatro hermanos, el mayor de los cuales tenia diez años.

Habiéndola su madre enseñado á leer, repetia la leccion á sus hermanitos, y era su maestra, teniendo apenas el tiempo necesario para coser, lo que continuamente se ofrecia en aquella triste casa. Sin embargo, la juventud tiene tantos recursos en sí misma, que Rosa conservó en aquella atmósfera de muerte todo el brillo de su hermosura y su alegría.

Una nube solia oscurecerla en algunas ocasiones; pero al momento los fieros rayos de la juventud disipaban aquella nube. Asi es que tenia momentos muy dichosos cuando se asomaba á la ventana para contemplar aquella ciudad inmensa donde esperaba ocupar mejor posicion, ó cuando peinaba sus hermosos cabellos delante de un espejo roto á quien adoraba porque era el único que le hablaba de su belleza. Todas las mañanas al empezar un dia tan triste para ella, cantaba como una calandria algunas tocatas de órgano que el viento traia de noche hasta sus ventanas, ó alguna antigua cancion lorenesa con que su madre la arrullaba en mejores dias.

Rosa estaba dotada de la belleza picante de las parisienses, de esos ojos negros que tienen el arte de mirar como la serpiente, de esa boca irónica que sabe sonreír con tanta gracia; su fisonomía era pura y bien trazada; cada una de sus facciones se perdía en otra facción con armonía, y aunque algo pálida, su cara enteramente redonda no carecía de nobleza.

La habitación del picapedrero se componía de una sala con dos gabinetes, en uno de los cuales dormía Rosa con sus hermanos. Aquel lugar tenía aun en los días más angustiosos de escasez un aire de juventud que encantaba la vista. Aquí un vestido, allí una gorra, más allá una chaqueta ocultaban la desnudez de las vigas que formaban el suelo: las dos camas cubiertas de blanco tenían un aspecto de inocencia y de pureza que alegraba el corazón: desde la pequeña ventana que se abría sobre el tejado se descubría la perspectiva del cielo, y en fin, cuando Rosa estaba allí cantando al despertarse, y trenzando aquellos hermosos cabellos, su único adorno y su única riqueza, se veía la personificación de la juventud.

Adivinaba á todo París por instinto, pues nunca lo había visto sino de lejos. Apenas le había sucedido dos veces acompañar los días de fiesta á su padre al interior de la inmensa ciudad. Por la noche soñaba con aquel esplendor ficticio, y por la mañana al mirar de nuevo el sombrío asilo de su triste familia, se acordaba de toda la riqueza parisiense; la serpiente, aquella que perdió á Eva y á todas sus hijas, había ostentado á sus ojos la seda y el terciopelo, el arminio, los diamantes, todas las tentaciones del diablo, todas las pompas humanas. «¿Por qué estoy en este desvan? decía; ¿qué pecado he cometido para que Dios me condene á esta negra prision, y á esta dura esclavitud cuando tantas otras, feas y viejas, se pasean ostentando su lujo culpable?» y la serpiente le respondía: «Deja á tu padre y á tu madre, baja esa sombría escalera, atraviesa la ciudad con tu pie ligero, y yo te conduciré al banquete donde se canta, y donde se ríe: al árbol de la vida de frutas que se han criado para tí como para las otras.» La joven comprendía vagamente que su honor sería el precio de su puesto en el banquete, é indignándose volvía á tomar con ardor las cadenas de la miseria.

Una mañana bajó Rosa como todos los días á buscar leche á la esquina de la calle. Estaba vestida de lino, y llevaba un zagalejo verde, un corpiño blanco y unos zapatos hechos pedazos, y dos bucles de cabellos cayendo á los lados de la cara. Un estudiante alto y rubio que la vió salir como un dulce sueño del oscuro portal de la casa, la siguió paso á paso, maravillado de tanta gracia y de tanta ligereza. Causóle principalmente un gran contento ver saltar sobre las losas aquellos pies tan pequeños y casi desnudos. La carreta de un hortelano la detuvo á su paso, y como era natural, el estudiante se paró cerca de ella. La joven lo miró y se puso colorada.

— Señorita (esta era la vez primera que llamaban á Rosa señorita), ¿no teméis haceros-daño en esos pies tan lindos?

Nada respondió la joven; pero tampoco se dió por ofendida.

— Señorita, prosiguió el estudiante mirándola con mucha más ternura, ¿es posible que una joven tan linda como vos permanezca oscurecida en esta calle? ¿Por qué las jóvenes hermosas no viven en las mejores calles? No sé lo que me digo; pero lo cierto es que he perdido la cabeza al veros.

La carreta iba á pasar cuando el estudiante se acercó á Rosa y le cogió la mano.

— Caballero.... y la voz de Rosa espiró entre sus labios.

— Una palabra mas, señorita. ¿Quereis que partamos mi caudal de estudiante? 200 francos mensuales (ayer empezó el mes), una bonita habitacion con buenas vistas, un buen corazon, dos veces por semana á la *Chaumiere*, un sombrerito azul de paja para cubrir esa hermosa cara, un vestido de seda, un collar de perlas del Rhin, y unos borceguies para esos pies tan lindos. Ello no es gran cosa en verdad; pero cuando el corazon toma parte, es un tesoro. Si supiérais cuán hermoso es allá abajo cerca del Panteon, calle de *Grés*, número 2.

— La carreta habia ya pasado, y Rosa aturdida con tantas palabras que no comprendia, logró soltar su mano de las del estudiante y se escapó.

— El estudiante conoció muy bien que se habia engañado: sin embargo, no quiso alejarse todavía y siguió con la vista á la jóven que pagó su leche, y se dirigió hácia su casa. El estudiante la esperaba á pie firme resuelto á tentar fortuna otra vez; pero Rosa, temiendo encontrarlo, entró en la tienda de una frutera de donde no salió hasta pasada media hora. El estudiante se habia marchado ya.

CAPÍTULO II.

Léjos de incomodarse Rosa con los modales algo descompuestos del estudiante, le agradeció el que le dijera que le parecia hermosa con un acento tan marcado de verdad, y cuando volvió á su gabinete se miró mil veces al espejo sintiendo haber salido con el cabello descompuesto.

— ¡Si yo lo hubiera seguido! decia ruborizándose.

Intentó trazar el cuadro de la vida del estudiante: eligió en él su lugar, se vió con un vestido de seda ¡un vestido de seda! decia saltando de gozo, ¡un sombrero con flores, proseguia ciñendo su fresco y lindo rostro con sus preciosas manos que el trabajo no habia embastecido: en fin, fué trayendo á la imaginacion todos los atractivos del lujo. Vióse entrar asida del brazo del estudiante en su habitacion de la calle de *Gres*, ordenando y volviendo de diversos modos los muebles, abriendo por las mañanas las ventanas para respirar la felicidad y regar algunas macetas de jacintos ó de verbena, y trabajando por la noche cerca de un buen fuego en hacer alguna cofia, ó en bordar alguna linda toquilla.

— ¿Pero y lo demas de la noche? dijo de repente.

A esta idea se disiparon todas sus ilusiones.

Enfrente de la habitacion de Andres Dumont habitaba un anciano de buena apariencia, en una casa medio arruinada que un trápero no habria querido habitar. Este anciano que se llamaba Mr. Cruchon se habia enriquecido en el comercio, y con la usura, y por espacio de medio siglo se le conoció siendo herbolario en la calle de *Mouffetard*. Habia logrado colocar muy bien á dos hijos que tenia: su hija estaba casada con un escribano de un pueblo inmediato, y su hijo era procurador del rey en el mediodía de la Francia. Por lo que á él hacia viéndose viejo, se retiró del comercio con seis mil libras de ahorros, contentándose con llevar una vida oscura que le permitia aumentar sus intereses, y si habitaba en la calle de *Lavandieres* era porque aquella casa le pertenecia, y nadie la queria tomar en arrendamiento.

Una antigua criada á quien él llamaba su camarera, y que gobernaba la casa; murió de repente una tarde despues de comer. Mr. Cruchon que estaba acostumbrado á los cuidados de aquella muger, pareció al principio inconsolable; pero no obstante tratando de buscar consuelos, llamó un dia á su casa á la muger del picapedrero y la dijo:

- ¿Sabeis, Mme. Dumont, la desgracia que me ha sucedido?
- Sí señor.
- Teneis una hija que parece muy buena para todo; yo no gasto rodeos; ¿quereis dármela por ama de gobierno? Alojare en mi casa á toda vuestra familia, y ademas le daré cincuenta francos mensuales.
- No señor, dijo la madre retirándose.
- Como gustéis, Mme. Dumont.
- Aquella noche volvió Dumont á su casa mas tarde que de costumbre. Esto pasaba en los primeros dias de enero, y un frio intenso penetraba por todas partes. Sus hijos estaban agrupados abrigándose unos contra otros delante de dos leños que ardian como de mala gana en el hogar mas triste y mas desolado que pueda imaginarse: la madre estaba preparando una miserable cena, y Rosa acababa de componer la ropilla de uno de sus hermanos. Un sombrío silencio respondia á los mugidos del viento. El picapedrero entró sacudiéndose la nieve que lo cubria de piés á cabeza y su muger salió á recibirle.
- Vamos, siéntate; ya estaba inquieta por tu tardanza; son mas de las ocho, y los niños se han dormido.
- No los despiertes, respondió Andres con acento desesperado; el que duerme descansa.
- Pero en este instante habiendo hecho la madre ruido con los platos abrieron los ojos todos los muchachos.
- Id y acostaos; dijo la madre sin consultar á su corazon.
- Tengo hambre, dijo uno de los niños.
- Yo he soñado que he estado comiendo mas de dos horas.
- Ya habeis cenado, replicó la madre.
- Al oír estas palabras, que decia su madre con las lágrimas en los ojos, se miraron los niños unos á otros llenos de sorpresa.
- Nó, volvió á decir la pobre muger, no me escuchéis; venid á la mesa, y en tanto que haya una migaja de pan, participareis de ella.
- Rosa no cenó, y no pudiendo dormir aquella noche, escuchó las quejas desesperadas de su padre. «Pues sabe, dijo de repente su madre, que si quisiéramos sacrificar á Rosa saldriamos al momento de la miseria.»
- Dumont á pesar de lo mucho que sufría, rechazó dolorosamente estas culpables esperanzas de su muger.
- Jamas, jamas, dijo levantando los brazos, tengo todavía bastante fuerza para proteger á mi familia contra el frio, el hambre y el deshonor.
- Rosa que todo lo escuchaba desde su gabinete, se puso de rodillas, y dió gracias á Dios por haber inspirado tan bien á su padre.
- ¡Ah! dijo la madre, sé muy bien que nos salvarás, pero sucumbirás al trabajo.
- Rosa, Rosa, prosiguió el padre, ya tiene edad para no necesitar de nosotros, y al mismo tiempo está ahí su hermana que ya puede ayudarle á cuidar de sus hermanos; pero suceda lo que suceda, nunca consentiré en hacer un tráfico con mis hijos. Que ellos hagan lo que quieran si tal es la voluntad de Dios: y si yerran el camino, no será mia la responsabilidad.
- Me parece que si Mr. Cruchon le ofrece cincuenta francos mensuales, ella podrá buscar despues donde ganar su vida.
- El picapedrero se fué á la mañana siguiente á su trabajo. Rosa salió de su cuarto, y su madre abrazándola tiernamente la dijo:
- Anda, hija mia, eres jóven y hermosa y Dios te protegerá; vé á ganar tu

sustento, no te quedes aquí donde habita la desgracia; vete, yo te lo mando, Dios es quien me inspira y quizá un día nos volveremos á ver.

Diciendo estas palabras tomó á su hija de la mano y la condujo á la escalera, donde volvió á despedirse de ella. Rosa volvió á entrar en su casa para abrazar á sus hermanos.

— ¡Pediré á Dios por mi padre! dijo, y bajó rápidamente la escalera como si obedeciese á una voz suprema.

— ¿A dónde iré? dijo cuando llegó á la calle.

Dirigióse al muelle de la Tournelle, teniendo siempre presente á su madre delirante que acababa de perderla ó de salvarla.

Al llegar Rosa al puente de *Notre Dame*, vió una turba confusa que se agrupaba al rededor de una muger de las que cantan por las calles, acompañándose con un arpa.

Los que la conocían la llamaban la arpía. Era una muger ajada y destruída por el tiempo y por las pasiones: tendria apénas treinta años, y representaba ya cincuenta á primera vista. En sus buenos tiempos habia ejercitado sus piernas en los coros de la ópera: desde la ópera bajó á figurante de los teatros de segundo órden: en fin, descendiendo cada vez mas en su carrera, vino á parar en cantar por las calles acompañándose con un arpa malísima, manteniéndose con sus gracias ya marchitas y sus cauciones sentimentales. Pasaba la noche donde la suerte le deparaba abrigo: habia vivido seis semanas en la misma casa que el picapedrero, y habiendo conocido á Rosa de encontrarla en la escalera ó en el zaguán, pensó mas de una vez en arrastrarla consigo á la vida errante y vagabunda.

Rosa, que ni siquiera habia visto á la cantante, iba á pasar de largo, cuando se vió detenida por fuerza entre un soldado y un ocioso, á quienes no parecia molesto oír la cancion al lado de una linda muchacha; y ademas, habiendo los que llegaban sin cesar formado un estrecho círculo en derredor suyo, le fué imposible seguir ó retroceder, por lo cual se resignó á quedarse entre la turba de los espectadores. Entónces conoció á la tocadora de arpa, y esta conoció tambien á Rosa, que aquel día estaba sumamente triste. Despues de haber paseado la cantante su cubilete, en que cayeron algunos sueldos, agarró á Rosa por el brazo, y la llevó casi á la fuerza á una taberna inmediata, preguntándole cual era la causa de su tristeza.

— No tengo nada, respondió Rosa.

— Nadie llora sin motivo, querida; vamos, enjúgate las lágrimas, y bebe conmigo.

Rosa no quiso beber, lo que visto por la tocadora de arpa, desocupó de dos tragos los dos vasos que el tabernero les habia llenado.

— ¿Hay alguna anguila entre las piedras, niña mia? ¿Te ha engañado tu amante?

Rosa, sorprendida, exclamó:

— ¡Mi amante! ¿Sabeis lo que decís?

— Mira, hija mia; el mejor no merece que nos acordemos de él. Cree lo que te digo, porque estoy versada en la materia. He tenido muchos amantes de todas condiciones, pobres y ricos, con coche y sin él: he variado á cada instante, procurando hallar alguno consecuente, y no lo he conseguido.

Diciendo estas palabras se puso á cantar entre dientes.

Incomodada Rosa con la familiaridad y las palabras de aquella muger, quiso retirarse, pero ella se lo impidió.

— ¡Vamos! ten confianza en mí y dime ¿por qué lloras? ¿Te ha pegado tu madre? Deja á esas buenas gentes en su guardilla, y vente á cantar conmigo.

Rosa refirió entónces sencillamente el modo con que se habia separado de su madre.

— Esta es mi suerte: pero ¿tendré yo valor para cantar?

— ¿Canto yo por mi gusto? Lo hago por tener dinero. Si quieres cantar conmigo, te daré casa, cama y vestidos.

La tocadora de arpa se admiraba cada vez mas de la hermosura fresca y picante de Rosa, calculando al mismo tiempo que con tal compañera podria hacer fortuna.

— Soy tu providencia, prosiguió: ¿qué seria de tí si no me hubieras encontrado? pues creo que nada sabes hacer á ménos que no te pongas á frutera ó á vender fósforos.

— Yo, dijo Rosa, olvidando sus tristes pensamientos, quisiera mejor ser frutera que cantar por las calles.

— ¡Qué tontería! vamos, que pronto pensarás de otro modo: entretanto, quiero llevar mi bondad hasta colocarte en una tienda, saliendo responsable de daños y perjuicios, porque tengo confianza en ti. Aquí tengo con que comprar la mesita y un gran ramo de violetas, y ocuparás el lugar de una ramilletera que desde este invierno no se pone en el puente del Change. Esto supuesto cenaremos aquí: yo iré despues á cantar en los cafes de este barrio: si no quieres venir irás á acostarte allá arriba, y yo pagaré tu cama y vendré á buscarte dentro de tres horas. Déjate gobernar, y cree que soy una buena muger.

Rosa no sabia que responder. La tocadora de arpa cogiéndole la mano, la condujo á una sala á espaldas de la taberna; donde hizo llevar pan, jamon y una botella de vino. Rosa no quiso al principio comer; pero habia tanto tiempo ya que no asistia á semejante festin, que al fin se convenció confesando su error.

— Ahora, dijo la tocadora de arpa levantándose, voy á dar una vuelta por la vecindad: espérame aquí ó vete arriba, que el tabernero te enseñará mi cuarto.

— Aquí os esperaré, respondió Rosa sin saber lo que se decia.

Efectivamente, allí permaneció media hora reflexionando tristemente junto á la mesa; pero al cabo de este tiempo se levantó de repente, y salió de la taberna, tomando con alegría el camino de la casa paterna.

Mas cuando ya iba á entrar, recobró su valor y se volvió en busca de la tocadora de arpa, á quien encontró acostada.

— ¡Por fin has venido! me alegro porque contaba contigo: mañana te instalaré en el puente del Change.

Al dia siguiente bajaron al muelle, Rosa silenciosa y resignada, y la tocadora charlando como una cotorra, y tratando de derramar en pequeña dosis el veneno de la corrupcion en aquel corazon inocente y sencillo que no tenia mas defensa que sus nobles instintos.

Atravesaron la ciudad para comprar las violetas en el mercado de las flores, y por tres ó cuatro francos la tocadora de arpa compró una mesita, un manojo de violetas, otro de yerba, un ovillo de hilo, y en fin, todo lo necesario para su nueva especulacion.

Despues llevó á Rosa al puente, y le dijo: escucha lo que has de hacer. Tienes muy buena voz, una hermosa cara, y un mirar muy tierno, de modo

que con solo hablar tendrás quien te compre. Ten cuidado de que los ramos estén muy bien hechos, y con pocas flores, porque comprarán mas bien tus sonrisas que tus ramilletes.

— No quiero vender mas que ramilletes, respondió Rosa indignada.

— Vamos, no te enfades: paséate á menudo, y sóplate en los dedos, porque hoy hace mucho frio. Yo voy á continuar mis canciones como el judío errante, y vendré á buscarte para cenar.

Y la tocadora de arpa se alejó dichas estas palabras.

Habiendo quedado sola, respiró Rosa con mas libertad: desató las violetas y las hojas, cortó una hebra de hilo con sus blanquísimos dientes é hizo el primer ramillete. Lo encontró tan bonito, habia tanto tiempo que deseaba comprar flores, que olvidando por un momento que el primer ramillete que hacia era para venderlo, lo colocó en su pecho. Nunca quizá se habrá puesto una señora de gran tono sus ricos adornos con un placer mas dulce. Al ver las violetas en su pecho, casi olvidó Rosa su penas y una dulce sonrisa animó su rostro; Una jóven de diez y seis años se consuela con tan poco! ; con un ramo de violetas!

Apénas hubo Rosa colocadado su ramillete, cuando un jóven alto y algo desgarrado, aunque con cierto aire caballeresco, se detuvo delante de ella buscando al mismo tiempo alguna cosa en el bolsillo.

— Tomad, hermosa ramilleteira, ahí va esa moneda de diez sueldos, dadme un ramo.

— No tengo ninguno hecho, respondió Rosa poniéndose colorada, y sin atreverse á alzar los ojos.

— ; No importa! yo esperaré: nada se pierde esperando al lado de una hermosa muchacha... No obstante si quereis darme este que teneis aquí; y diciendo estas palabras tocó ligeramente el corpiño de Rosa que levantó los ojos ofendida.

— ; Ah! ; sois vos? exclamó sin poderse contener.

Púsose entónces mas encendida, suspiró y dejó caer las violetas que tenia en las manos. Acababa de reconocer al estudiante de la calle de Grés.

— ; Ah! decia entre sí la jóven, no me ha conocido!

En efecto, el estudiante habia casi olvidado aquella linda cara que tanto le agradó al verla en la oscura y sombría calle de Lavandieres como una flor á la orilla de una cloaca. Sin embargo, luego que la jóven levantó los ojos le reconoció tambien.

— Me alegro de este encuentro porque somos amigos antiguos, y con este título no podeis rehusarine este ramillete, y diciendo esto alargó la mano para cogerlo.

— Esperad un poco, dijo Rosa con una sonrisa hechicera, y tomando ella misma el ramillete se lo presentó al jóven.

— ; Qué perfume tan hermoso el de la juventud! dijo acercándose á los labios con ardor, y poniendo sobre la mesita la moneda de diez sueldos.

— Adios, prosiguió alejándose, ó mas bien hasta la vista, pues paso con frecuencia por este puente que va á ser para mí el puente de los suspiros.

Despues volvió atrás y añadió:

— Hija mia, os vais á morir de frio aqui. El mes de enero es muy mal tiempo para vender flores. No tengo por costumbre el llevarme á las mugeres; sin embargo, ya sabeis que os he ofrecido mi corazon y mi cuarto en la calle de Grés, número 2. — Edmundo Larroche.

— Si me hablais de ese modo no volveré á venderos violetas.

— Pero me las dareis, cruel, adios.
 Esta vez Edmundo Larroche se alejó de veras; pero sin embargo volvió la cabeza ántes de perder de vista á Rosa, y la saludó con la mano. La linda vendedora de flores que lo habia seguido con la vista, no pudo ménos de contestarle inclinándose la cabeza, y continuó su trabajo con un rayo de alegría en el alma. Habia llegado para ella la hora de amar. Conforme iba haciendo sus ramos recordaba palabra por palabra cuanto le habia dicho el estudiante. Veíalo sin cesar con su capa á la española terciada fieramente sobre el hombro, con sus largos cabellos rubios ensortijados, con su bigote varonil, y sus facciones severas que tanto contrastaban con sus palabras dulces y alegres al hablar de amor.

— ¡Si yo me atreviera! dijo Rosa suspirando.

Ya gracias al amor mas bien que á la tocadora de arpa que habia intentado hacer con ella el papel de serpiente, Rosa iba perdiendo aquel candor divino con que los ángeles hacen para las jóvenes un velo virginal.

Quando Rosa tenia ya hechos tres ó cuatro ramilletes, se le presentó otro comprador; era tambien estudiante, pero este llevaba del brazo á una linda jóven. Esta pareja se dirigia alegremente hácia la ciudad sin pensar en nada, y con toda libertad que dan la locura y el amor. El jóven sacó un sueldo del bolsillo de su chaleco, y poniéndolo sobre la mesa de la florera, escogió un ramillete.

— Toma, Indiana, dijo á su compañera, este será hoy tu ramillete de boda.

Rosa no comprendió lo que esto queria decir.

— ¿Cuál será la causa, se preguntaba, de que este jóven no me guste tanto como el otro?

Dos razones habia para que sucediera así. Edmundo Larroche era el primero que habia venido, iba sin compañera, y no tuvo el cuidado de ponerle en la mano un sueldo.

— A ménos prosiguió que no me haya pagado el ramillete tan bien.

Apénas hubo pronunciado estas palabras, quando descubrió entre las violetas la moneda de diez sueldos.

— ¡Ah, Dios mio! dijo suspirando, no le he dado la vuelta de su moneda. ¿Qué haré?

— Despues de haber meditado un poco, prosiguió sonriendo:

— Estoy segura de que volverá, y entónces...

Diciendo así, vió al extremo del puente al otro estudiante y á su amada que parecian bailar conforme iban andando, bien fuera por un acceso de loca alegría, ó bien para sobrellevar mejor el frio, pues estaban muy ligeramente vestidos.

— ¿Dónde van así? decia Rosa para sí. ¡A!; cuán dichoso es el que no está solo!

CAPITULO III.

Aquí llegaba Rosa con sus sueños de amor y de poesía quando la tocadora de arpa vino á recordarle todas sus desventuras como un acreedo desapiadado que ni aun quiere esperar á que llegue la hora del vencimiento.

-- ¡Vamos, hermosa! ¿cuántos ramos has vendido?

-- Dos, respondió Rosa temblando; dos y con todo no me han pagado mas que uno.

La jóven no contaba como suya la moneda de diez sueldos del estudiante.

-- ¡Eres una tonta!... Si yo tuviera tu edad y tu cara hubiera ya vendido y vuelto à vender todas las violetas; pero tú te estas ahí como una piedra sin despegar los labios. ¡Qué lástima que tengas unos dientes tan hermosos y esa cara tan linda! Debes sonreírte, hablar, cantar, y en una palabra, seducir à todo el mundo.

-- Me parece que no entiendo este oficio, respondió Rosa con orgullo; ahí teneis vuestra mesa.

-- No hagas tantos dengues, te he recibido para que me sirvas, y no tienes mas voluntad que la mia.

Y al decir esto, la tocadora de arpa sacudió violentamente à Rosa. Indignada la pobre niña juntó todas las flores y poniéndolas sobre la mesa:

-- Ahí teneis lo vuestro, respondió llorando, yo no soy de nadie.

La mesa cayó entónces al suelo, la tocadora de arpa se puso furiosa, y Rosa atemorizada huyó sin saber donde ir.

¿Adonde dirigirse en un pais en que los desgraciados nunca encuentran socorro? Asi es que caminaba à la ventura como una débil hoja impelida por el viento. Viendo el pórtico de la iglesia de Notre Dame, entró con el corazon oprimido en aquella iglesia en que tantas veces habia dirigido sus oraciones al cielo en compañía de su madre, y oró con mas fervor que nunca. A lo ménos, decia, estoy en la casa de Dios, y nada tengo que temer: me encuentro al abrigo de todas las malas pasiones; porque los que aman à Dios de todo corazon nada tienen que temer aquí. Volvia à empezar su rezo cuando vino à interrumpirla una vieja pidiéndola dos sueldos.

-- ¡Dos sueldos! dijo Rosa asustada.

-- Sí; yo no doy mis sillas de balde.

-- Mirad, yo estoy arrodillada, y no he ocupado vuestras sillas.

-- Sí; pero te has puesto delante de una silla.

-- Mas no la he tocado siquiera.

-- No le hace.

-- ¡Oh, Dios mio! exclamó Rosa, creí que podia dirigiros mis súplicas sin tener dinero.

-- ¿No tienes dinero?

-- Nó, no tengo dinero ni familia.

-- ¡Vagabunda! este no es el sitio en que debes estar.

Rosa se levantó y se dirigió à la puerta.

-- Me ocurre una idea, dijo la vieja, y corrió en busca de Rosa.

-- Escucha, hija mia, no soy tan mala como parezco; ¿quieres que te dé un consejo?

Rosa se detuvo sorprendida.

-- Eres muy bonita, prosiguió la alquiladora de sillas. Una cara tan bonita como la tuya no debe irse à sepultar en un desierto. Yo tengo una hija que anda buscando una doncella; me parece que no sabrás hacer nada, pero tu te avendrás con ella, que tampoco hace gran cosa. Ve à su casa y busca à Mme. de Saint-Georges, en la calle de Breda, tienda de comestibles.

-- Puede que vaya, dijo Rosa alejándose.

-- Eso es, decia la vieja volviéndose á la iglesia: mi hija la vestirá con sus desechos, no la pagará, y tendrá á su lado una linda muchacha, que nunca está demás.

Aunque decidida á no tomar los consejos de la vieja mercadera del templo, Rosa se dirigió hácia la calle de Breda. Cuando llegó á la casa que le habian indicado, ¿qué puedo arriesgar? dijo temblando; siempre estoy á tiempo de irme á otra parte.

Preguntó por Mme. de Saint-Georges, subió al segundo piso, y llamó temblando. Una muger como de treinta años vino á abrir con aire de mal humor, y viendo á Rosa, quiso al momento cerrar la puerta.

-- Vuestra madre me envia, dijo Rosa.

-- ¡Que vaya á pasearse con sus iguales! ¿Qué es lo que todavía quiere?

-- Me ha dicho que buscabais una doncella.

-- Mi madre está loca, y vos tambien.

Mlle. Georgina (y tambien Mme. de Saint-Georges, segun el caso lo requeria), se echó á reir.

Encontrando algo estraña la aventura, tomó á Rosa de la mano, y la condujo á su gabinete, donde un jóven estaba mirando con aire de admiracion á una que fumaba un cigarro con todo descaro.

-- La broma es algo pesada; mirad qué doncella me envia mi madre.

-- Parece una figura de Greuze, dijo el jóven; no le falta mas que el cántaro. Vuestra madre es una muger de talento, y no podia haber hecho mejor eleccion.

Rosa encendida como la escarlata quiso retirarse, pero Georgina la detuvo diciendo:

-- Sois todavía una niña: ¿no sabeis reir?

-- No señora.

-- Pues vaya, calmaos, que ya no nos reiremos mas.

-- Habiendo calculado Georgina que Rosa le seria de mucha utilidad, la condujo al tocador, y abriendo un grande armario donde se veian en desórden un gran número de vestidos de todos colores, y de diversas hechuras:

-- Mira, dijo sacudiendo aquellas ropas ya olvidadas, escoge el que mas te guste, y vístete; despues nos veremos.

Cuando Rosa se vió sola, no pudo ménos de admirarse de todo aquel lujo.

-- Sin duda es una duquesa, dijo maravillándose cada vez mas.

Y miró á su alrededor para cerciorarse de que estaba sola; vió su imàgen reflejarse en dos ó tres espejos.

-- Asi como asi dijo llegándose á una percha, á nadie hago daño.

Y descolgando un vestido trató de ponérselo, lo cual hizo sin mucho trabajo. Cuando tuvo puesto el vestido, Rosa que no habia dejado de mirarse al espejo, creyó que estaba mas hermosa que nunca. Era un traje de foulard que sin duda se hizo para alguna Palmira del barrio. Rosa se subió sobre una silla, inclinó un poco la cabeza, cruzó los brazos sobre el pecho, tomó otras varias actitudes, y en fin, en ménos de dos segundos tomó una buena leccion de gracia y de coquetería.

-- ¡Ah! decía casi con sentimiento, ¡si aquel señor de la calle de Gres me viera como estoy ahora!

Encontrándose tan hermosa notó que ya no la sentaba bien la cofia, aquella cofia que habia bordado en las tristes veladas del otoño, y que tanto le agradaba. Quitóse la, y tomando un peine de concha que encontró á mano, se peinó llena de contento: nunca tuvo tanto placer en atormentar sus hermosos cabellos. En esta ocupacion la sorprendió Georgina.

-- Vaya, hija mia.—¡Ay Dios mio que hermosa estas!

Esta esclamacion se le escapó á Georgina casi á pesar suyo.

-- ¡Lo creéis así? dijo Rosa admirada. Vuestra ropa tiene la culpa.

-- ¡Qué cabello tan hermoso! Ven á mi gabinete.

-- Nó, nó, replicó Rosa con candor, estoy así demasiado hermosa para que me vean las gentes.

Sin embargo, Georgina no tuvo mucho que trabajar para llevarla.

-- Mirad, dijo al entrar en su gabinete, mirad qué transformacion.

-- El jóven se levantó admirado de la hermosura de Rosa.

-- Tened cuidado, dijo á Georgina no se lleven á vuestra doncella.

-- ¡Llévame!

-- No le hagas caso, que no sabe lo que se dice.

-- ¡Estamos en tiempo de que roben á las mugeres? dijo la amiga de Georgina acabándose de fumar su cigarro.

-- ¡Pues no me robaron á mí? respondió Georgina con dignidad.

-- Sí, replicó la otra, en un ómnibus que iba desde la ópera al Odeon. Me acuerdo muy bien que yo también iba.

-- Vamos, Olimpia, respétame en presencia de mi servidumbre.

-- ¡Tu servidumbre! pues qué, ¿te figuras que esta muchacha va á estar siempre á tu lado?

-- Sí, señorita, respondió Rosa con tono firme; serviré siempre á Mme. de Saint Georges con todo mi corazon.

-- No quiero contrariar á una jóven de tan buen modo de pensar; pero no creo que podáis estar juntas dos dias.

-- No hagas caso de esa loca, respondió Georgina llevando á Rosa al comedor: quédate en este cuarto; ahí en esa cesta están los avíos de coser, y puedes entretenerte.

Rosa que cosia perfectamente, se puso al instante á hacer una toquilla de encajes.

-- ¡Perfectamente! dijo Georgina muy contenta luego que se fueron las visitas; me parece que nos ha de ir muy bien: yo soy una buena muchacha, que como perezosa no seré demasiado exigente. Además, tampoco hay mucho que hacer, porque mi cocina está en el café de los ingleses. Por las mañanas me vestirás, regarás las flores de las macetas, harás de cuando en cuando algunos cigarros para mí, y por las noches, cuando yo te lo mande, irás á buscarme á la Opera.

-- ¡A la Opera!

-- Sí; ya ves que esto no es muy difícil.

-- Esta es la vida de los cuentos de magas.

-- Cuando se ve desde lejos; pero no hablemos mas de esto.

Aquel nuevo género de vida agradó à Rosa que era curiosa como lo son todas las mugeres, y aun mucho mas porque nada habia visto: cada dia, cada hora, cada instante, le revelaba alguna escena de ese gran cuadro triste, y hermoso á la vez en que se pintan las pasiones profanas. La casa era alegre y la frecuentaban muchas personas. Asi pasó una semana, durante la cual Rosa vió venir á casa de la corista varias personas: estaba en un nuevo mundo, cuyo idioma apenas comprendia, y en sus sueños, casi siempre interrumpidos, se veia tambien adornada, festejada, amada, hermosa y feliz con todos los goces.

Aunque no gustaba de sorprender secretos, teniendo una mañana que hablar á Georgina se detuvo à la puerta del gabinete temerosa de incomodarla y oyó que pronunciaban su nombre. Georgina estaba con su antigua compañera de aventuras Mlle. Olimpia que le hablaba de un paseo á San German. Hé aquí lo que escuchó Rosa:

-- Sí, querida, Mr. Octavio, aquel que lleva siempre una camelia en el ojal de la casaca, está loco desde que ha visto á Rosa y quiere à toda costa tomarla por querida.

-- ¡Qué idea!

-- Como espera que tú te prestarás á sus deseos te envia este brazalete.

-- ¿Te parece que las piedras son finas?

-- ¿Estás loca? Octavio es un hombre de pró. Se ha dispuesto que vayamos las tres á San German donde tienen aquellos señores una casa de campo: viste á Rosa con toda la coquetería posible, que se peine bien, y dale tu collar de perlas.

Rosa se alejó llena de indignacion comprendiendo que gracias á su hermosura y á su pobreza en ninguna parte estaria segura su virtud: que el mal espíritu la reconoceria y la perseguiria siempre, ya estuviere llena de harapos, ó ya se cubriera de sedas y de joyas, y esta reflexion la hizo llorar.

-- ¡No iré á San German!

Apénas pronunció estas palabras vino Georgina à buscarla, y le mandó que se peinara y se vistiera para acompañarla à un paseo por el campo.

-- Date prisa, añadió Georgina; ponte mi vestido de seda verde con guarniciones; además tengo un collar de perlas que te sentará muy bien, y te lo regalo.

Diciendo esto Georgina puso el collar á Rosa que no sabia qué responder. La pobre niña se fué al tocador resuelta á no vestirse; pero no pudo ménos de mirarse un poco al espejo para ver cómo le sentaba el collar.

-- ¡Ah! exclamó, ¡qué lástima! ¡me sienta tan bien!

Quiso entónces quitarse el collar, pero el diablo le detuvo la mano, y se quedó un buen rato delante del espejo, sumergida en mil pensamientos peligrosos.

-- ¡Y por qué no he de ir? prosiguió. ¿Me castigará Dios porque voy à tomar un poco el sol?

Mas recordando el complot formado contra ella...

-- Nó, nó, decia, nunca á tal precio... y quitándose el collar lo arrojó al suelo.

-- ¡Rosa! ¿has acabado? le preguntó su ama.

-- Sí señora... ¿pero qué va à ser de mí? Me ocurre una idea... Dios es quien me la envia.

Entónces abrió un armario donde habia guardado sus pobres vestidos.

-- ¡Ah! decia desdoblándolos, ¿podré volverme á poner estos vestidos? ¡Imposible! me apedrearían en la calle. ¿Es posible que viniera yo aquí con esos harapos?

Nunca se pierde la costumbre del lújo; mas la miseria se olvida muy pronto. Rosa suspiró, y Georgina entró en aquel instante.

-- ¿Estás loca? mira que te estoy esperando; ¿qué significa este desorden?

-- No puedo vestirme, respondió Rosa.

-- ¡Qué necia! Vamos, déjate vestir. — Olimpia, ven á ayudarnos.

Las dos amigas se apresuraron á vestir á Rosa, que en ménos de diez minutos estuvo perfectamente adornada.

-- Ya estás hermosa como una recién casada.

-- ¿Casada? ¿Qué quereis decir? preguntó Rosa; no os entiendo.

En seguida salieron las tres ocupadas de diversos pensamientos. Bajaron á la calle de San Lázaro, teniendo que ir à pie hasta el camino de hierro. Las dos amigas se agarraron del brazo; Rosa las siguió poco à poco al principio, despues á alguna distancia, y luego altiva y risueña, huyó como un pájaro que recobra su libertad. ¿A dónde iba?

Tomó por la calle Laffitte, y al llegar al *Boulevard*, no conociendo ya el camino, se acercó à un *Auvergnés* y le preguntó avergonzada como si fuera á confiarle un secreto: ¿Dónde está la calle de Grés?

FABULAS POLÍTICAS.

I. LEYES FUNDAMENTALES.

Con ánimos sencillos
 varios chiquillos cierto dia un dado
 para jugar hicieron;
 y las leyes del juego los chiquillos
 por seguir á la letra,
 del dado aquel en cada faz pusieron
 el uno, el dos, el tres, el cuatro.... etcetra.
 De niños entre el bando
 alguno de ellos calculó prudente
 que, por los bordes subrepticamente
 la cara de su número limando,
 siempre á la mesa en amoldarse esquivando,
 quedaria, rodando,

la cara de su número hacia arriba.
 De esta manera à todos, el fullero,
 como era natural ganó el dinero,
 hasta que al fin, de sus falaces modos
 apercebidos todos,
 dando de su pericia muestras claras,
 limando y mas limando,
 fueron tambien dejando
 convexas de sus números las caras.
 De este modo el ex-dado
 por ángulos y bordes cepillado,
 al impulso menor del aura sola
 rodaba, ya se ve, como una bola.
 Desde entónces el número de azares
 se sucede á millares,
 y la igualdad geométrica admirando
 de equilibrio tan justo,
 unas veces perdiendo, otras ganando,
 se divierten los niños que es un gusto.
 Con lengua atrabiliaria
 á cada azar del inconstante dado
 agotan su afición parlamentaria,
 y sucede un discurso á otro discurso
 sobre si el aire le sopló de un lado,
 sobre si un pelo interrumpió su curso.
 Y acaban las cuestiones,
 su furor conteniendo en breves plazos,
 los que son vencedores, à razones;
 los que vencidos son, à sombreroazos:
 y en caos importuno
 alzándose hoy, los que caerán mañana,
 todos se pierden, y ninguno gana,
 ganando todos, sin perder ninguno.
 Y entre tanto, sediento de emociones
 y ageno, el pueblo espectador, del fraude,
 aplaude tan contínuas variaciones,
 pues siempre el pueblo la comedia aplaude
 si van y vienen sin cesar telones.

Desde el feliz momento
 que la moral he oido de este cuento,
*ignoro cómo hay gente
 que idolatrar como á sus ojos pueda
 la ley fundamental, que blandamente
 á donde quiera que la impelen rueda.*

(Heraldo.)

F. Guasp editor.—Imprenta nacional.